

Nada se oía, sin embargo, con lo que la tensión nerviosa aumentaba y aumentaba. A qué hora caíamos destrozados por la explosión? . . .

De súbito, un gran trueno, y otro, y ciento . . . y desatóse una tormenta impetuosa, estival, legítimamente costeña, que nos caló hasta los huesos. De la explosión, ni noticia, sólo los truenos celestes retumbando por montes y cañadas. A mi alrededor, llanto de criaturas, clamoreo de madres, roncas invocaciones místicas de campesinos.

—¿Nos caerá un rayo, señor?—me preguntó una lugareña aterrorizada.

—¿Por qué vino usted?—me interrogó un charro reclinado en las crines de su penco, para librarse las espaldas de los escurrimientos del árbol que nos cobijaba.

Y al primer diluvio sucedió un segundo, y del rumbo de la Peñuela, terco mutismo.

Propuse una retirada, so pena de ahogarnos si allí permanecíamos, y á la cabeza del rebaño, resbalando en los barrizales hondos que el agua excavaba en su correr enloquecido, dimos con nuestros cuerpos en el ingenio, al cabo de una hora de trastabilleo y caídas, en plena noche oscura, por entre surcos y sementeras hartos de tanto beber.

Por suerte, me curaron la mojadura con varios tientos á un Martel del 45, con sabrosa cena y unas fricciones de aguardiente de caña, *fatto in casa*, que me permitieron dormir como un conde del Medioevo de regreso á su «torre,» bien molido después de larga y hazañosa cacería.

Al día siguiente, á las diez, se procedió á la voladura,

muy inferior en sus resultados—como todas las cosas humanas—á lo que la imaginación habíala aumentado. Apenas si hubo truenos; una sacudida en la tierra que abarcó amplia zona y una catarata de bloques enormes cayendo con cierta solemnidad pausada, cual si el cerro se hubiera tornado en telón de teatro y tras el desgajamiento fuera á aparecer alguna alegoría.

Los tres días más que permanecemos en el ingenio, los consagré á practicar la vida del campo, excursiones á caballo, nutrición sana, lectura bajo los árboles, vagabundeo; y para conciliar el sueño, sesiones espíritas en el corredor, después de la cena, los campos ya en silencio, sin nubes el cielo, y la atmósfera, esta atmósfera *sui generis* de la tierra caliente, saturada de aromas ignotos y suaves.

Y mientras Luis Pardo, con su voz monorrítmica de *blasé* prematuro, me narraba su regreso del Japón por el Canal de Suez, la finca ya recogida, partían del establo con expresión de infinita angustia, los vagidos de las reses; las luciérnagas, por entre los troncos de los árboles y por entre los tallos de las flores que no podían precisarse, manchaban el fondo diáfano de la noche portentosa, con su luz de rubí pálido, y yo, á medio cerrar los ojos, creía olvidarme de la americana que hasta Córdoba me hizo huir, pensando en que la olvidaba . . .

27 DE JUNIO.—El conflicto sentimental ha recorrido su ciclo y háse transmutado en un *collage* rabioso; que tal es el término de todos los de su especie. Hemos experimentado en los tres meses que lleva de crecimiento y

desarrollo este absceso pasional, los síntomas conocidísimos que los caracterizan: anhelo secreto de destruirse en un beso, de aniquilarse en un estrechamiento; la existencia haciéndose voluptuosamente intolerable en los breves veranos del tempestuoso período; confidencias, promesas y juramentos, ternuras, sueños quiméricos, proyectos de vivir siempre juntos y de alcanzar y apriionar la dicha. He averiguado que el nombre que lleva, es nombre de guerra, el suyo verdadero es * * *; que está casada, casada legítimamente, y que el marido—guapo mozo á quien conozco en fotografía—es el causante de la caída. Sabedor de en lo que ella ha parado, en carne de alquiler y de deleite, le escribe, no obstante, día á día. No puedo dudarle, he leído más de uno de los párrafos de sus cartas, hondamente desgarradoras, que revelan en él una pasión incurable y un remordimiento tal vez sincero:

—«Tú no eres mala—escríbele—no has de serlo ahora, aunque te halles donde te hallas, en esa casa en la que á nadie puedes rehusarte y que yo maldigo desde aquí, porque me parece que te llevé hasta sus puertas y por la fuerza te hice entrar en ella . . . »

Y como brutal ritornelo de macho abandonado y miserable, una súplica tenaz:

—«Vuelve, mi * * *, vuelve conmigo, nunca hablaremos de esto; pero *for heaven's sake*, vuelve, vuelve.»

Lo doloroso del caso, en vez de despertarme celos, despiértame interés en mi doble fondo de novelista, cuando leemos estas cartas, ella y yo, de codos sobre las almohadas: es un marido en quien persiste el amor, y en corres-

pondencia con su esposa, que se ha transmutado en la esposa de todo el mundo.

29 DE JUNIO.—*La chose tourne au tragique*. Anoche hubo, fingido ó real, un conato de envenenamiento por parte de ella. ¡Ah! la reconciliación horriblemente bella que siguió al dramático incidente.

1º DE JULIO.—La certidumbre de que todo amor es fugitivo y perecedero, ¡hasta el amor más puro y mejor nacido! háceme llevar á * * * al estudio de Jesús Contreras, para que en un medallón me plasme su perfil; que aun cuando la obra artística será hecha en barro, como de barro somos hechos ella y yo, más ha de durar, sin embargo, aquél que nosotros.

7 DE JULIO.—Lo previsto: ha habido ruptura y al parecer definitiva. Mis sentidos, ya habituados á ella, nieganse á olvidarla, y así las cosas, entrégame Jesús el medallón concluído, un perfil en relieve, con el peinado á la «Cleo de Mérode» y con esta inscripción burilada en el exergo: «*Temptation.*»

17 DE JULIO.—Perdido de mi neurastenia, con pánicos terrores de morir súbitamente al acostarme, voy y me refugio en la casa de mi hermana Virginia, para que el cariño de la familia opere con su magia la cura de que tanto he menester.

18 DE JULIO.—Con hoy son ya varios los domingos que nos reúne á comer en su casa de san Pedro de los Pinos, Jesús E. Valenzuela, un chihuahuense que comenzó por

tirar su fortuna á manos llenas y ahora vive en el campo, risueño de ese auto-desastre, cultivando la poesía.

Yo no recuerdo del aparecimiento de Jesús; cuando mutuos amigos nos acercaron, ya él llevaba algún tiempo de venir derramando á los cuatro vientos una fortuna considerable. Amador del verso, no cuidó de reservarse sino la pequeñísima cosa que sus allegados le dejaron, y se entregó á hacer rimas y á querer y proteger á gente de pluma. Consérvanse de él rasgos que mucho lo singularizan y ennoblecen: á quién le pagaba la casa; á quién la ropa; á quién ambas cosas; aun se rememora el detalle de una *victoria* con tronco de caballos que regaló á un poeta metropolitano, y de fuste por cierto, que en alguna ocasión manifestó el deseo de ser dueño de un carruaje. Jesús se lo obsequió, y es fama que el obsequiado, después de disfrutarlo sólo una mañana yendo de Plateros hasta la Reforma y de la Reforma hasta Plateros, poco antes de que el Monte de Piedad cerrara sus puertas, á las dos y media de la tarde, fué y empeñó el carruaje, consignó los caballos á una *pensión*, y todo compungido entregó á Jesús el billete de empeño del vehículo y la dirección del sitio en que los caballos pacían descansando del paseo matinal.

Jesús E. Valenzuela, ó «Tute,» según sus íntimos lo denominamos, ríe filosóficamente de éstas y otras aventuras peores; con nadie se queja, y á pesar de que lleva cosechadas no pocas ingratitudes, todavía hoy, en la florida *villa* en que se ha refugiado con su familia y algunos restos de su espléndido mobiliario, nos ofrece domingo á domingo una comida cariñosa; no abandona su

devoción por los versos y persiste en dar de lo poco que le queda en los bolsillos y de lo mucho que le queda en el corazón, á cuantos á él se acercan tendiéndole la mano en demanda de un peso duro ó en demanda de un apretón efusivo de amistad y de afecto.

De ese numeroso grupo, hoy y otros domingos anteriores, hemos venido una media docena, que nos reputamos los constantes y que, entiendo, nunca hemos beneficiado de las prodigalidades del bardo empobrecido. De mí sé decir que sólo le debo un sabio consejo que me dió cierta noche que salíamos de una tertulia y juntos divagábamos por las desiertas aceras de la Reforma; consejo que seguí al pie de la letra y que quizá me lleve á la realización de destinos soñados en horas ambiciosas: entrar en el Cuerpo Diplomático Mexicano, donde á tan gusto me encuentro ya. Y no digo que le debo también afecto, porque el que él me profesa, procuro pagárselo con réditos inclusive.

Está Julio Ruelas, un dibujante educado en Alemania, taciturno y talentoso, aunque con un talento que si no todos comprenden desde luego, sí á todos hace sufrir; es esencialmente un atormentado. Sus dibujos parecen ideados por el Dante, Edgar Allan Poe ó Baudelaire; son siempre cráneos perforados por picas retorcidas; mujeres que sonríen mientras á su vista se despedazan los cortejos enfurecidos; sujetas con cadenas implacables, madres desventuradas que presencian cómo canes hambrientos y flacos devoran á sus hijos, florecillas de carne sonrosada que patalean y lloran ante las dentelladas feroces; artistas que se arrojan á simas de infierno y de des-

esperanza; una obra que lo sobrevivirá, que lastima la vista y el espíritu pero que revela gran posesión de la técnica é imaginación á todas luces excepcional y alta.

Está también Leandro Izaguirre, pintor que comienza bajo muy buenos auspicios, recio de cuerpo y plácido de espíritu, risueño con todos, trabajando confiado en que alguna vez arribará.

Está también Jesús Trillo, conterráneo de Jesús Valenzuela, que ha llegado á guardador de la fe pública, léase notario, sin adquirir gravedades ni rigideces protocolarias, sino conservándose sano por fuera y por dentro, regocijado y un tantico asustadizo frente á nuestras réplicas vivaces, nuestra intemperancia de lenguaje y nuestras carcajadas ruidosas.

Está Balvino Dávalos, exquisito y exigente en literatura, que á gran prisa viene abriéndose camino desde su rincón colimense. Su aspecto físico llama la atención: es anguloso y de carnes escasas; de inquisitiva y fija mirada de miope que perfora los cristales de sus lentes y diríase que se clava en las entrañas de sus interlocutores; sus manos ofrecen vida propia y rara, como de animales inteligentes y flacos que estuvieran siempre en busca de calor y siempre en acecho; indistintamente pudieran tomárselas por manos de mago ó de noble italiano del Renacimiento; parece que hubieran recorrido muchas morbideces, muchos objetos de arte, muchos documentos antiguos y frágiles, y, ¡Dios me lo perdone!, hasta algunos cuerpos humanos que sucumbieran á tósigos de Médicis y á torturas inconfesables. Son manos bellas á veces y á veces aciagas.

Fué conmigo Antonio de la Peña y Reyes, en cuyos talentos y fondo moral no he de ocuparme, porque lo quiere tanto, que cualquier cosa que dijera resultaría parcial; es espíritu similar al mío, amigo inmejorable, de esos en cuya amistad fidelísima se piensa como en un refugio para cuando la vida nos hiera con sus ingratitudes y asperezas, y para cuando los desencantos de los días viejos, si á ellos hemos de llegar, no nos brinden más que contadas dulzuras junto á multitud de acíbares y recuerdos tristes.

Después de la comida, es regular que nos vayamos al gabinete de trabajo de Jesús, para hablar en él de nuestras chifladuras respectivas, para leer algo propio ó algo ajeno . . .

Luego, conforme la tarde va muriéndose, nos encaminamos á la sala, en la que preside, sobre su estrado, gran pintura al oleo, inspirada en unos versos de Jesús Valenzuela y ejecutada por el pintor yucateco Juan Gamboa y Guzmán. Allí nos entregamos al *inocente* placer del «monte,» nos despojamos de los cuatro cuartos que cada cual lleva consigo, contraemos deudas insolubles por toda una eternidad, negociamos empréstitos y hasta nos injuriamos cuando el naípe nos es adverso, agrupados en la mesa del centro, bajo la hospitalaria luz de una lámpara de petróleo que la esposa de Jesús ha colocado por sí misma, sonriendo caritativa y bondadosa, de esta falta de juicio de su esposo y de la no menor de sus amigos.

Otras ocasiones, al concluir la charla de sobremesa, nos lanzamos en conjunto hasta Tacubaya, frente al puente de la Morena, donde habita Justo Sierra, maes-

tro y amigo de todos, que nos recibe abiertos los brazos para que más pronto lleguemos á su cuerpazo de gigante bondadoso, en tanto que de sus labios dispárase un tiroteo de improperios para cada uno de los que vamos saludándolo.

Cuando no hacemos esta excursión, abandonamos los lares de Jesús Valenzuela ya tarde, en la noche, el pueblecito de san Pedro quieto, silencioso, los perros guardianes de sus casas, alborotados y ladrando á nuestra algazara. Jesús en persona nos acompaña hasta que no tomamos el tranvía, y cuando desde él decímosle adiós á grandes voces y á grandes ademanes, se destaca en la sombra su cuerpo enhiesto y ancho de hombre fuerte, y, al fondo, en la distancia, reverberan, echados de bruces hasta media calle, los lampos del jardín de su *villa*, que por no poder moverse, desde sus cimientos también nos despide con idénticas palabras que su soñador inquilino:

—«¡Hasta el domingo próximo!»

19 DE JULIO. —Tarde agradablemente artística, en la casa de Luis Galván. Música, versos, charla literaria, proyectos peregrinos y quimeras, desde que nos sentamos á almorzar. Comensales: Justo Sierra, Luis G. Urbina, Jesús Contreras, Jesús Valenzuela, Paco Mas, — pintor español, — y yo.

La casa, con mucho gusto puesta; antigüedades y cuadros; rancios y abaciales sillones; chimenea fabricada con molduras y tallas de altar colonial, que acaricia la vista con sus destellos opacos de oro envejecido. Además, porción de muebles y *bibelots* que reconozco: son los que vi

y gusté en la casa que Galván tuvo en París por las cercanías del Parque Monceau, en el boulevard de Courcelles.

20 DE JULIO. —La reacción esperada: hoy continuó el capítulo II de mi tan interrumpida «Metamorfosis.»

26 DE JULIO. —Pésima noche, de la que me liberté esta mañana.

En vez de mis palpitaciones reglamentarias, sensación extraordinariamente rara, al apagar la vela, sin duda resultante de mal oídas teorías espíritas.

Sentí que iba desencarnándome muy poco á poco, pero por completo. En la obscuridad del cuarto y con mis ojos cerrados, individuos, sucesos y lugares veíalos muy lejos, mucho, á las distancias inconmesurables que sólo en sueños se divisan; á pesar de lejanía tamaña, era la precisión admirable, no se perdían detalles ni contornos. —Lugares, sucesos é individuos no me interesaban, á lo menos con el humano interés que estamos habituados á experimentar frente á ellos; sentía yo más bien una piedad de ser superior hacia nuestras miserias, y, al propio tiempo, algo como una lápida desmesurada, aunque liviana y agradable, que entorpecía todos mis miembros y adormecíalos delicadamente.

Al cambiar de postura, el sueño me invadió de súbito . . .

Pusilánime y triste he despertado esta mañana, sin la conformidad que de antaño la idea de la muerte me ha-

bía producido, antes con ansias de seguir viviendo á cualquiera costa.

—¿Será neurastenia?

3 DE AGOSTO.—Ayer fué la segunda *comida artística* en la casa de Luis U. Galván. A los postres llegó Linda Montanari, una de las primeras tiples de la actual compañía de opera italiana.

Llegó también un pianista español, un señor Mañas, que se las traía maravillosas en los dedos. Y toda la tarde resultó musical, pues hasta la lluvia de afuera, como que ejecutaba un número del concierto improvisado, con su tamborileo tenue en los cristales de la vivienda.

Salimos juntos Paco Mas el pintor, y yo, y nos marchamos de bracero por las calles empapadas, hasta la Maison Dorée, donde él se atizó un púlpito de café con leche. Con ibérico desprendimiento me ofrece ilustrar mi novela próxima, sin que los editores le paguen nada por su trabajo.

—Yo soy así—me declara sosteniendo á pulso un pedazo de *brioche* que goteaba café—te quiero y basta; si el hecho de que en la portada de tu libro se lea: «Ilustraciones de Mas,» te significa el aumento de un duro ó de mil, ¡mejor! Y al público no se le dice nada, que ni esta, ni una porción de cosas le importan tres pepinos. ¡Si hubiera de decirsele al público todo lo que merece! . . .

Y al separarnos en la puerta de la Maison Dorée, agrega:

—Por lo pronto, ven á mi estudio el lunes, quiero hacer tu retrato al blanco y negro.

5 DE AGOSTO.—En carta que me escribe de Europa mi sobrino José J. Gamboa, comunícame que durante la travesía que hizo á bordo de un trasatlántico español, vió en la biblioteca del barco algunos ejemplares de mis «Impresiones y Recuerdos,» y que los oficiales del vapor recomendábanlos á los pasajeros.

Nota *oceánica*.

6 DE AGOSTO.—Arturo Palomino, Canciller de nuestro Consulado General en la Habana, llegó ayer de Cuba y me trajo una visita y una carta de Andrés Clemente Vázquez, Cónsul General de México allá. Con la carta viene un folletín harto encomiástico de mi «Suprema Ley,» suscrito por Eva Canel, escritora á quien yo no conozco personalmente.

10 DE AGOSTO.—Concluyó Paco Mas de pintar mi retrato.

16 DE SEPTIEMBRE.—Al entrar á comer en un restaurant, me dan la noticia del atentado de esta mañana contra el Presidente de la República!

Parece que el hecho fué inopinado y brutal. Llegaba el Presidente al Pabellón Morisco de la Alameda, de uniforme, rodeado de los miembros de su Gabinete y de los de su Estado Mayor, caminando por en medio de una valla de tropa de línea armada, cuando al entrar en la Alameda, un individuo mal trajeado y sin arma ninguna en la mano, según se vió después, rompió la muralla humana, la valla de soldados, y con rapidez incontrastable echóse encima del Presidente, á quien golpeó en la nuca con los puños. Fué tan violenta la agresión, que

nadie pudo estorbarla; el Presidente, á pesar de su fortaleza corporal, vaciló y perdió el sombrero montado que rodó por los suelos . . .

Todo fué instantáneo. En seguida, los oficiales del Estado Mayor sujetaron al agresor, y cuando alguno de ellos trataba de desnudar la espada para ultimar sin duda al delincuente, tuvo el General Díaz un altísimo rasgo de valor personal y de conciencia de su puesto: impidió el inmediato y merecido castigo, con ademán sobrio y estas palabras memorables, que mucho lo honran:

—«A este hombre, sólo la ley puede tocarlo!»

(Hay que reconocer que en identidad de circunstancias, no digo yo un presidente de república, militar y vestido de uniforme, cualquier hijo de vecino, con la sangre subida á la cabeza por la agresión, habría castigado hasta con sus propias manos).

El individuo en cuestión, que revelaba hallarse alcoholizado, fué conducido por la policía hasta la guardia del Palacio Nacional; el Presidente siguió hasta el Pabellón Morisco, donde se conmemoraba nuestra independencia; la conmemoración se llevó á término, observándose los números todos del programa, aunque los ánimos no estaban bien dispuestos, y la noticia del hecho se propagó por la ciudad con velocidad grandísima y comentarios exagerados que producían estupores, alarmas y qué sé yo cuántos sentimientos más.

Al regresar el Presidente al Palacio, se empeñó en que no lo acompañara nadie en el coche en que montó, y cuando este coche desembocaba en las calles de san Francisco, por espontáneo movimiento el público aclamó al

caudillo y de todos los balcones de las casas del trayecto, una lluvia de flores, que arrojaban manos femeninas y blancas, bañó el carruaje y alfombró el adoquinado.

Cuéntame que en la esquina de la calle de la Palma, un grupo de hombres del pueblo detuvo el trote del carruaje presidencial y que al sacar el Presidente la cabeza para averiguar la causa de la detención, esos mismos hombres del pueblo le hicieron noble ofrecimiento de sus personas y de sus vidas . . .

Por la tarde me echo á andar calles y á observar la fisonomía de la ciudad; lo que siempre acontece cuando un individuo ó un pueblo ha salvado de un peligro y considera á éste retrospectivamente: la ciudad respira miedo por lo que pudo haber sucedido.

¡Cuánto no habría yo dado por asomarme á los interiores psicológicos del General Díaz en los momentos que siguieron al atentado! ¿A costa de qué esfuerzos habrá dominado la indignación y la ira que ha de haberle causado el hecho? ¿qué pensaría al pronto? ¿qué habrá pensado después? ¿qué estará pensando ahora? Su espíritu de ayer, del que nunca ha de poder despojarse por más que hoy dormite en las profundidades de su individuo, su espíritu de ayer, valeroso y militarizado, hecho á toda clase de peligros, que con la muerte se ha enfrentado más de una vez, ¿qué sentiría con la brutal agresión?

Su espíritu de hoy, incenzado con todas las mirras de la adulación, del interés egoísta, del miedo por pecados antiguos y actuales que no han sido perdonados á las derechas, del cariño sincero por mercedes recibidas, ora

con merecimientos, ora sin ellos, su espíritu de hoy, en la plena conciencia del encumbramiento, de la enorme suma de poder de que disponen su voluntad y sus manos, ¿de qué contienda muda y formidable entre su cerebro, su corazón y su voluntad, no habrá sido testigo? ¿cuántos esfuerzos extraordinarios no habrá tenido que emplear para permanecer sereno é impasible á raíz del atentado, serio y grave, en su papel de magistrado supremo, cuando la lluvia de flores y los vítores que siguieron al abortado delito?

He ahí para mí, el aspecto más interesante del sucedido.

17 DE SEPTIEMBRE.—Cuando cruzo el jardín de la Plaza de Armas, rumbo al Ministerio de Relaciones, después de mi desayuno en el café del Cazador, dos reporteros amigos detienenme para enterarme de la nueva tremenda: á la madrugada de hoy fué *lynchado* en las antecámaras del Inspector General de Policía—dentro del Palacio Municipal—el autor del atentado contra el Presidente de la República! . . .

Lo burdo é increíble de tal suceso, obligame en un principio á echarlo á la broma, pero los reporteros se me formalizan, me prueban con líneas impresas de periódicos del día que la noticia es cierta; y al seguir mi camino, despedido ya de mis amigos, siento que me invade una indignación tristísima y un anhelo de no oír ni presenciar cosas tales, si no ha de serme posible castigarlas.

Llego á mi sección de Cancillería y en el acto entro á hablar del asunto con el actual Subsecretario de Relacio-

nes Exteriores, D. Manuel Azpíroz, que es hombre honrado, de verdadero carácter é incapaz de mentir á sabiendas contra sus convicciones y sus ideas. Y con grandísimo contento descubro que su incredulidad y su indignación acerca del pretendido *lynchamiento*, corren parejas con las mías.

El resto de la mañana va de júbilo en júbilo, en escala ascendente: el Ministro, D. Ignacio Mariscal, en una de sus vehemencias de espíritu recto, ha llegado á manifestarse hasta iracundo en contra de la policía á la que tildó de puniblemente descuidada.

Y llega á mi noticia, de muy buena tinta, que el Presidente de la República resolvió ya la destitución del Inspector General.

Dentro de mi conciencia, se han escuchado aplausos.

En la ciudad, excitación grandísima. En cuanto se ha hecho público el desagrado presidencial, todas las bocas sólo vierten censuras é iras que brotan en los grupos, en las reuniones, en los cafés; que se escuchan en calles y tiendas, en parques y esquinas, en tranvías y en teléfonos; hasta los periódicos que sin comentarios anunciaron esta mañana el pseudo-*lynchamiento*, al anochecer, desátanse con reprobaciones, razonadas ó líricas, en sus sobretiros respectivos.

Yo soy también víctima del contagio y cuando me recojo en casa, me noto preocupado é intranquilo. Al apagar la luz, ya entre sábanas, á la hora de los soliloquios rara vez confesados, la tragedia ésta obligame á pensar en las curvas irregulares de la existencia, lo que Eça de Queiroz acostumbraba á denominar *os fados*, es decir, en español, los hados, y en latín *fatum*; pensé, por

ejemplo, que Arnulfo Arroyo, autor del atentado contra el Presidente, y Eduardo Velázquez, autor del atentado contra Arroyo, si es que la opinión que de tal lo acusa no se engaña, fueron condiscípulos míos y fueron condiscípulos entre sí. ¿Habrán recordado ellos tal circunstancia? Con rara precisión veo á Arroyo, hace muchos años, salir de la sastrería que su padre tenía establecida en la segunda calle del Reloj, bajo el modesto rótulo de «La Corta Utilidad,» y veo asimismo á su padre, un hombre excesivamente grueso, moreno de tez, con aspecto de laborioso y de tranquilo; veo, por último, al propio Arnulfo, cuando hace algunas tardes en que yo me encaminaba á la Escuela Nacional Preparatoria á dar mi cátedra, me detuvo en la calle, con todos los signos del alcoholismo incurable grabados en su rostro y en sus movimientos, y empleando el tuteo viejo de la escuela, me interrogó con cierta acritud para saber si porque él andaba pobre y náufrago en los fangos metropolitanos, ya no quería yo saludarlo. Y me costó un triunfo convencerlo de que sólo veía yo con tristeza que él se hubiera dado á la mala vida; reflexiones que por cierto recibí con sonrisa de menosprecio, que tanto quería decir que él era muy dueño de sus actos, ó yo un farsante que por mejor librado en esta lucha que con la vida tenemos que sostener todos á brazo partido, habíame metido á diablo predicador y me le ponía como ejemplo de «arribista.» Quedamos en que él me esperaría en las afueras de la Escuela, hasta que yo no concluyera de dar mi clase, pero por fortuna mía, cuando salí del aula, ya Arnulfo Arroyo había desaparecido.

Y hoy que rememoro ese incidente, bien penoso desde que se produjo, me pregunto: ¿en aquella tarde germinaría ya en la mente naufragante de Arroyo la idea de este atentado? . . .

Por natural asociación de ideas, reconstruyo mi amistad con Eduardo Velázquez, á quien en público se señala como autor de la horrorosa muerte de Arroyo; y al recordar de nuevo, palpo que el colegio es un verdadero almacigo de donde salen los espíritus infantiles á seguir cada cual la trayectoria que su destino le tiene reservado; quién pára en el altar, quién en la sabiduría, quién en los altos puestos del gobierno, quién en la fortuna, quién en el crimen y en el patíbulo; distanciados todos entre sí, uno aventado á un rumbo, otro aventado á otro rumbo, todos esparcidos y todos conservando el recuerdo de los días puros que persiste en atar al grupo entero, á modo de una cinta blanca y luminosa.

Y al revolverme en la cama, presa del insomnio de los recuerdos y de los presentimientos, duélome, de veras duélome, de la suerte alcanzada por Arroyo y por Velázquez, y ora me felicito de ir caminando yo por distinta senda, ora tiemblo de extraviarme por una mala ó de tropezar en la que considero buena. ¡Somos tan poquita cosa y estamos todos tan expuestos á caer! . . .

Eduardo tomó distinta orientación de la de Arroyo. Era ambicioso, nada tonto y quería subir. Le faltó calma para recorrer uno por uno los peldaños del encumbramiento, y quiso aventurarse de una buena vez hasta la altura que perseguía.

Y así como la sastrería del padre de Arroyo surgió ne-

ta, clara y precisa en la nocturna evocación, así también volví á ver á Eduardo, de empleado muy subalterno en la Secretaría de Hacienda, primero; de hijo mimado siempre; de asociado después al General D. Sóstenes Rocha en el semanario político que lanzaron al mundo bajo el título de «El Combate.» Con la resurrección de aquella hoja periódica, volví á vivir las horas pasadas en la redacción que por lo pronto establecióse en la calle del Cinco de Mayo, próxima al Teatro Nacional, y volví á codcarme con sus redactores. Fué la época en que Juan de Dios Peza publicó su para mí mejor poesía «En Mi Barrio,» cuando Emilio E. García gozaba de que por su aspecto le llamáramos el «Coronel» ó el «Gobernador,» que ambas cosas parecía entonces ese regocijado y feliz jalisciense venido á México con la aureola de hombre afortunado en amores, de juerguista y escritor. Todos pasamos por ahí: Luis G. Urbina, concluyendo su «Ultima Serenata,» que tan dulcemente recitaba él mismo; Enrique Sort de Sanz, prematuramente muerto y prematuramente ascendiendo; José R. del Castillo, muy devoto de teatros, bambalinas y *aindamais*; Javier Orno, con buen caudal para crítico, y árbitro de elegancias en nuestro cenáculo de bohemios que no sabíamos preocuparnos de la ropa, sino de los plazos en que había que pagar los trapos muy de tiempo en tiempo estrenados . . .

«El Combate» trasladó su lar á la calle de Ortega, en donde el General Rocha nos narraba noche á noche algo de su vida civil y mucho de su vida militar. Allí fué donde una noche, los que estábamos al cabo de la polémica engendrada por el artículo «Esos son otros López,» que

tanta ámpula levantó, supimos que dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes, Rocha se batiría en duelo á pistola con el General Gayón. El propio Rocha nos comunicó los últimos detalles y aun nos dijo:

—«Siento lo del duelo, porque quiero á Gayón, y no sería difícil que lo matara.»

Y efectivamente, por poco no lo mata.

Cuando este asunto trágico y los muchos agradables de escribir artículos guerreadores, de frecuentar actrices y teatros, de comer de fonda y hacer otras mil perrerías que no son para enumeradas, la figura de Eduardo Velázquez ocupaba lugar principalísimo: era jovial, dicharachero, largo en el gastar y nada corto en el querer, valiente y decidido. Y á nosotros, los del grupo predilecto, hay que confesar que nos trataba con distinción señaladísima, lo mismo para mejor pagarnos un artículo, que para venir en ayuda de nuestros bolsillos, siempre flacos, á cuenta de futuras páginas literarias que nunca llegaron á saborear la luz . . .

De ahí que esta persistencia en la opinión para señalar á Eduardo como responsable de la muerte de Arroyo, á mí me sea muy particularmente penosa.

La gente, esta «gente» que todos mencionamos y que nadie puede precisar, se manifiesta con las iras y enconos de que hace gala para cualquier suceso de importancia; todos piden un castigo severo, todos claman porque el rigor de la ley caiga sobre los culpables.

¡Pobre gente y pobres de los culpables, sean quienes fueren!

24 DE SEPTIEMBRE.—A las diez y media de la mañana, con rapidez de rayo, se ha esparcido por toda la ciudad la noticia sombría del suicidio de Eduardo Velázquez. Dicen los bien informados que se mató dentro de la habitación que ocupaba, con carácter de incomunicado, en la cárcel de Belem.

Dicen otra porción de cosas; conjeturas que acusan, sospechas que absuelven, juicios temerarios, afirmaciones gratuitas. Que si el revólver le llegó de ésta ó de aquella manera; que si nadie oyó la detonación; que si debe dudarse acerca de esto ó acerca de aquello . . .

Y á decir verdad, la impresión general es de estupor.

¡Pobre de Eduardo! ¿Sería el suicidio su única salida, atentos los hechos? . . .

27 DE SEPTIEMBRE.—Luis Galván, de regreso á México, de nuevo nos reúne á comer en su artística vivienda. Y por la tarde volvemos á tener música y conversaciones gratas, que yo deseo sean precursoras de cambio de impresiones.

2 DE OCTUBRE.—Del modo más inopinado, me reconcilié con ***, la que me asegura partirá mañana á San Francisco de California, para nunca volver.

Héme aquí por tercera vez uncido á esta mujer que me atrae con su belleza á la vez provocante y delicada de hembra del Norte, con sus cabellos rubios y el color de su tez, que parece formado de rosas, leche y mármol; con sus ojos azules que miran hondamente, y su boca impecable,

y su peinado á la griega, y su cuerpo altísimo, y su busto estatuario.

En prosaico coche de punto vamos á esconder los rubores que á ella y á mí nos impone esta reconciliación indigna, hasta los Baños del Peñón, á los que llegamos al filo de las dos de la mañana, con gran escándalo del portero que nos franquea la entrada creyéndonos prófugos de algún manicomio.

5 DE OCTUBRE.—En carruajes distintos hemos regresado hoy de los Baños del Peñón ella y yo.

¡Cuántos besos y cuántas ilusiones hemos sepultado ambos en ese cuarto prosaico y semidesnudo, en el que hemos permanecido, rabiosamente unidos, estos tres días, como para despedirnos de una pasión que á ninguno conviene!

Cuando esta mañana nos dijimos «hasta luego,» en aquella lejanía árida, á la puerta del establecimiento termal y casi milagroso para el concepto de los antiguos pobladores de México, ¡cuánta tristeza había en nuestras palabras y en nuestros ademanes, cuánto cansancio en nuestros cuerpos maltratados por la onda de lujuria, cuántas cosas inconfesadas en el mirar azul de sus ojos rasgados, cuántos conceptos, que, á formularse, hubieran sido irónicos ó crueles en mis labios que temblaban al besarle su mano blanca y casi exangüe!

7 DE OCTUBRE.—Para proveer algunas vacantes que se han registrado en la Secretaría de Relaciones, nos han nombrado jurado calificador á los jefes de sección.

Y el día de hoy he logrado que Balvino Dávalos—que á mi juicio fué el mejor sustentante—quede admitido como oficial segundo del Ministerio.

11 DE OCTUBRE.—*** contra lo que era de esperar y yo esperaba, cumplió su promesa. Esta mañana, á bordo de un *pullman* del ferrocarril Central, se me ha ido rumbo á San Francisco de California. Sin cuidarme de los que pudieran verme, la acompañé hasta su tren, medio ebrio aún de nuestra última temporada amorosa, en la que nos hemos jurado cuanto un hombre y una mujer pueden jurarse, sin hartarnos un sólo instante de la continua vecindad de nuestros labios.

Como dos que de veras se quieren, nos hemos despedido, entre besos y lágrimas, y cuando el tren se hundió en el glorioso horizonte de la mañana que sonreía, palpé que había yo perdido algo muy grande y muy hermoso, que no se recobra nunca: mi juventud!

*** representaba mi última pasión desinteresada, libre y completa, de las que no necesitan para florecer, ni dinero, ni misterio, ni recatos; á las que no les importa la edad, ni las obligaciones; época que no puede reaparecer, en la que ama uno con la misma naturalidad encantadora con que respira.

Tristísimo he regresado á la ciudad, como regresamos de los cementerios cuando en ellos dejamos para siempre algún ser querido. ¡Y vaya si quería yo á mi juventud! . . .

22 DE OCTUBRE.—Se desenlazó la tragedia de la Inspección

ción General de Policía. El Jurado, (¡oh imbecilidad democrática, sólo comparable al Sufragio Universal!) en lugar de veredicto, ordenó una hecatombe: de los trece acusados, salieron diez condenados á muerte.

Los moralistas y los sabios, opinan beatíficamente que la sentencia, aunque no se ejecute, está muy bien dictada porque significa un moral escarmiento que no podrá pasar inadvertido para los países cultos. Europa y los Estados Unidos de América, tendrán que aplaudir nuestra energía para castigar esta clase de delitos.

Cuánto me felicito de no advertirme punto alguno de contacto con los moralistas y sabios que así opinan!

8 DE DICIEMBRE.—A vuelta de muchas reflexiones, aseto á mi juventud el tiro de gracia.

Hoy me presenté en el Registro Civil para contraer matrimonio, y el mes entrante seré un hombre casado.

22 DE DICIEMBRE.—Cumplí 33 años de edad.

En mi interior, profunda sensación de inquietud.

31 DE DICIEMBRE.—Veo terminar el año en el teatro Principal, en medio de una bronca originada por una tiple que cantaba la danza del café en «El Certamen Nacional;» bronca muy semejante á la que yo describo en el final de mi «Suprema Ley.»